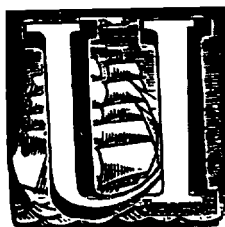




HISTORIAS DE LA MAR

LA ANTIGÜEDAD EN LA *HISTORIA DE LA INFANTERÍA DE MARINA*, DE HUGO O'DONNELL

Antonio DE QUEROL LOMBARDERO



N orgullo parecido al de aquel recluta de Infantería de Marina franco de paseo que oyó decir a otros del Ejército, o quizá a un marinero despistado, refiriéndose a él y a las sardinetas de la bocamanga de su uniforme: «Fíjate en ése. Es brigada tres veces»; orgullo de pertenecer a una corporación que otorga automáticamente una superioridad sobre los que no pertenecen a ella, triplicando *a priori* sus méritos, y que en este caso da pie a que la ignorante, o al menos confusa, mente del recluta combine el significado de la frase oída, el rojo de la franja del pantalón, los botones dorados y el privilegio de vestir gorra de plato (como la de los oficiales) hasta alcanzar esa especie de plenitud gozosa que se conoce como «la gloria militar»; un orgullo parecido, digo, informará el ánimo del lector si es infante de Marina al leer la historia de nuestro Cuerpo del comandante e ilustre historiador Hugo O'Donnell, editada con todo lujo y gusto por la Empresa Nacional Bazán: el orgullo de comprobar que pertenece a un Cuerpo que ha sido siempre a lo largo de los tiempos brigada tres veces.

Y que conste que este «siempre» abarca un periodo bien largo. O'Donnell, ya desde los primeros capítulos, trata el problema de la antigüedad y explica lo fundado del real decreto que determina la del Cuerpo, en 1537. Presenta referencias y documentos en los que, sin afán de polémica, insiste en que de hecho ya existía desde bastante antes, y que si 1537 es una fecha simbólica, lo es por cosa de menos que por cosa de más. Él tampoco se muestra puntilloso, pues la antigüedad vale para hacer comparaciones, pero no tiene importancia en sí misma. En general, no es algo que preocupe mucho, salvo a los historiadores. Incluso, a bote pronto, en un mundo en el que la modernidad parece ser la finalidad última de toda estructura social, pudiera ser vista hasta como una rémora, y desde luego no más que como una curiosidad. Lo que nos preocupa es que en el momento presente tengamos el mejor material, o sea el más moderno; que hagamos nuestras las más modernas tácticas, o sea las mejores; que nos empleen en los lugares de mayor riesgo y fatiga, o sea en las modernas misiones donde no tanto se haga la guerra como se la imposibilite.

Sin embargo, la antigüedad ha sido siempre a lo largo de los siglos algo muy apreciado entre las diferentes unidades de la milicia, motivo de litigios entre ellas, generadora de kilos de expedientes y causa de numerosos privilegios. El principal de éstos en los siglos XVI y XVII fue el que sirviera de criterio para decidir qué unidad debería marchar la primera contra el enemigo: la más antigua iría en vanguardia en el ataque y en extrema retaguardia en las retiradas (privilegio que, por cierto, tiene a perpetuidad la Infantería de Marina). Para alguien con una visión más bien cínica de la historia, la explicación podría ser de índole materialista: los primeros en el combate también serían los primeros en escoger y recoger el botín. «Las provincias y ciudades tomadas son del rey; el general capturado del general vencedor, cualquier preso del que lo captura; todo lo demás de una ciudad, castillo o puesto que se resiste es del soldado». «El soldado de mar tiene derecho a la parte de presa capturada por su buque». Nos detalla O'Donnell en su historia, y añade: «La legislación permitía repartir entre la tropa y marinería los objetos que lleven encima los vencidos, es decir, ropa, vestidos, joyas, cadenas, sortijas y dinero». De igual manera, legal o ilegalmente, tendrían la oportunidad de hacerse con los objetos abandonados por los suyos en la retirada antes de que cayesen en manos del enemigo, cuando defendían la extrema retaguardia. En las campañas del Gran Capitán en Italia, se dio la orden a la fuerza española que sitiaba Nápoles de fortificarse. Pero los soldados, nobles o hidalgos la mayoría, se resistieron a cumplir ese trabajo propio de villanos. Fernández de Córdoba dispuso que los soldados que se avinieran a cavar minas y trincheras, aserrar troncos y, construir defensas entrarían los primeros en Nápoles cuando se rindiera. Así fue, y al parecer tal es el origen de los gastadores que con sierras, hachas y picos abren todavía la marcha en los desfiles.

Aunque ése hubiera sido el origen del prestigio de ir en vanguardia, es evidente que pronto se transformó en algo más espiritual. Un deseo general,

ocasión de su adquisición; para mantener el tren de vida liberal y generoso de quien no se hubiera conformado con menos de conquistar con su brazo un imperio. Los que no fueron a América sentaron plaza en los Tercios o en las Armadas por los mismos motivos y con la misma finalidad. Aquellos dos siglos fueron como una continuada explosión en la que la juventud española fue siendo lanzada violentamente al exterior para poner en escena todo lo aprendido en los libros de caballería, donde los Amadis, los Roldanes, los condes Claros o Dirlos, los Gaiferos, Beltranes y Oliveros recorrieron el mundo al cinto la espada y Dios en el corazón (Lope de Vega hacia el Atlántico en la *Invencible*, Cervantes hacia el Mediterráneo y Lepanto) en busca de eso tan gaseoso que se llama gloria, cuya materialización primera es el prestigio, que a su vez proporciona la ocasión de ganar más gloria y más prestigio. En *El Sitio de Breda*, Calderón nos relata cómo Spínola, al dar la orden de marcha hacia la plaza de Grave, pone en vanguardia del dispositivo a italianos, alemanes y valones, y en retaguardia a los españoles.

—¿Cuándo, señor, en retaguardia hemos ido? —responde colérico el mando español al enterarse.

Pronto comprenderán, cuando ordene inversión de marcha para que el dispositivo quede en posición normal delante de Breda, que Spínola, con ese ardid para obtener la sorpresa, había tenido desde el principio en cuenta los derechos y exigencias de los españoles.

No busquemos otros motivos. Entonces, y sospecho que también ahora, si se quiere sufrir peligros, trabajos y penalidades es para adquirir el derecho de sufrir más peligros, trabajos y penalidades. Ese derecho lo concede principalmente la antigüedad, pero la antigüedad en el penar no la mera antigüedad de creación. Tal fue la que ganó la infantería de los tercios del Mar y de la Armada durante aquellos dos siglos: los unos en el Mediterráneo, en la batalla de Lepanto, la Jornada de Portugal, en las acciones de La Goleta, Argel, Los Gelves, Malta y un largo etcétera; el otro en el Atlántico en los viajes redondos a América de nuestros galeones, en Azores, en la Jornada de Inglaterra, en la conquista de San Salvador de Bahía, en combates navales contra franceses, portugueses, piratas berberiscos, datándose la última acción de este siglo en el socorro a Ceuta en 1695. Y siempre, en el viejo y en el nuevo mundo, moviéndose con la misma pericia en la cubierta de un barco que en la sierra más abrupta, la selva más tupida o el desierto más desolado.

En el siglo XVIII, con el imperio y la Marina debilitados, los tercios al servicio de la Armada también comenzaron a debilitarse; pero aún así, organizado como Cuerpo de Batallones de Marina, lucha a bordo o en tierra en la recuperación de Menorca contra la escuadra inglesa de Rooke, en la expulsión de los turcos en Corfú, en cabo Pasaro, en la conquista de Orán, en Nápoles, en Sicilia, en la defensa de La Habana, en los asedios de Gibraltar, en la defensa de Rosas contra los franceses, en los combates de cabo Sicié, de cabo Espartel, cabo de Santa María y, en fin, San Vicente y Trafalgar.

Los siglos XVI, XVII y relativamente el XVIII fueron tiempos de esplendor para la Infantería de Marina. Hugo O'Donnell se complace en recordarnos no sólo sus acciones, sino también los usos, las costumbres, las gentes, los uniformes, las armas. Revela detalles y rectifica errores que nos hacen comprenderla mejor. Por ejemplo, que Cervantes, sin discusión posible, fue un infante de Marina, pues, si bien cuando fue herido en Lepanto estaba encuadrado en una unidad del Ejército, después de la convalecencia en Italia sentó plaza en el Tercio Viejo del Mar y sirvió con don Lope de Figueroa casi diez años, participando en la batalla de Navarino, en las jornadas de Túnez y La Goleta y en la batalla naval de la isla de San Miguel. O que el motivo por el que se escogió a San Juan Nepomuceno patrón del Cuerpo no fue, como se dice, el ejemplo de su «fidelidad» al secreto de confesión, por cuya causa sufrió martirio, sino porque el martirio consistió en ser arrojado al río y allí morir ahogado; y si algo temía el infante de Marina era caer al agua en el abordaje, trabado con las corazas y armamento, y morir ahogado sin honra y sin provecho. O que el origen de las sardinetas que todavía distinguen los uniformes del Cuerpo fue la necesidad que tenían los granaderos de tener a mano un material áspero sobre el que frotar para encender la mecha de las granadas de mano segundos antes de arrojarlas contra el enemigo.

Ya hemos apuntado que la Infantería de Marina, la Armada en general, como no podía ser menos, participó siempre de los esplendores y miserias de nuestra patria. El siglo XIX fue principalmente el de las miserias. Aun así, la Infantería de Marina, muy reducida de efectivos si no de derecho sí de hecho, se batió con eficacia y heroísmo allí donde hizo falta: en las guerras carlistas (recordemos el combate de San Pedro Abando), en las acciones cantonales y sobre todo en Cuba, donde llegó a tener una fuerza expedicionaria de considerable entidad. Allí, en una guerra de índole muy particular, se llegó a organizar de forma extraoficial una unidad de caballería de Marina (así la llamaban), que si arrancó una sonrisa burlona al general Martínez Campos al preguntar por su identidad con ocasión de revistar un sector, se ganaron, no obstante, por su eficacia para luchar en la manigua la admiración de unidades vecinas beneficiadas por su acción.

El siglo XX ha sido un largo y tenebroso túnel del que gracias a Dios hemos salido en fechas recientes. Sus vicisitudes más importantes en este tiempo fueron, aparte de un tímido empleo en Alhucemas, las constantes reducciones de efectivos y las interminables discusiones sobre si se debía conservar o suprimir del todo a la Infantería de Marina. Al fin, ganó esta opción, y la República la declaró a extinguir. Pero, todavía no del todo extinta, la guerra civil le dio ocasión para que casi sin tropa, con pocos oficiales, y éstos en un grado de desmoralización fácil de imaginar, la actuación de las unidades del Cuerpo fue decisiva para el destino final de los Departamentos o Bases Navales donde se ubicaban.



Uniformes del Cuerpo en tiempos de Isabel II, por Giménez. (Museo Naval. Madrid.)

Después de la guerra, el Cuerpo, nutrido de oficiales jóvenes cuya mayoría habían hecho la guerra en unidades del Ejército, y sin otra misión que unos cometidos parciales (la guerra antiaérea) y mezquinos (dar la tónica militar), la Infantería de Marina continuaba el camino descendente anterior a la guerra, cuando el almirante Abarzuza, ministro de Marina por los finales de los sesenta, constituye el Grupo Especial (antecedente del Tercio de Armada); los norteamericanos nos mandan una buena provisión de material sobrante de la guerra mundial y de la de Corea, nuestros oficiales realizan cursos en los Estados Unidos y, a mi parecer, una de las claves del éxito, con un hambre de doctrina increíble, se traduce con avidez cuanto reglamento, cuaderno táctico o libro de texto del US Marine Corps cae en nuestras manos.

Los que salimos de la Escuela Naval por la época del Grupo Especial somos testigos de todo lo que se tuvo que hacer en aquellos años sesenta; por lo demás en armonía con todos los españoles que lograron entonces hacer pasar a España la barrera que separaba nuestro subdesarrollo de la modernidad de una nación europea. No sé de dónde sacamos las fuerzas, de dónde el entusiasmo, pero a partir de la más absoluta penuria, ignorancia y muchas veces incomprensión nos atrevimos a acudir allí donde se presentase la oportunidad, en la mar, en la tierra o en el aire («La Infantería de Marina lo da todo y no pide nada. Sólo los medios para combatir al enemigo!», era el sonsonete con el que nos atormentaba mi capitán de entonces cuando se bebía

un par de ginebras) con un valor, o mejor una inconsciencia que hubiera dejado atónito a un veterano de Okinawa (y que posiblemente a alguno dejó cuando participamos integrados en la Segunda División de Marines, cerca de 20.000 hombres, en el ejercicio Steel Pike que se realizó por aquella época en las costas de Huelva).

Lo primero que se consiguió fue atraer a nuestro bando y hacer interesante la desconocida guerra anfibia a nuestros compañeros del Cuerpo General y Máquinas que, con la misma penuria en material y doctrina, imitaron si no superaron nuestro entusiasmo. El mando anfibio, que fue organizándose y creciendo a la par que nuestro Grupo Especial, jamás nos falló. Doctrinalmente siempre se mantuvo a nuestro lado, pero en la ejecución casi nos superó en pericia y pundonor. Todavía en los ochenta era de ver cómo la gente del Equipo Naval de Playa, con absoluto desprecio del riesgo, trabajaba entre la rompiente para abrir o cerrar una porta atascada de una LCM de cuarenta años de antigüedad llena hasta el tope de resignados infantes que aguantaban cabizbajos los rociones. A nuestros compañeros de los demás Cuerpos de la Armada, anfibios por vocación, que una y otra vez, en diferentes empleos nos fuimos encontrando en distintos buques y unidades del mando anfibio, vaya mi agradecimiento, compartido supongo por mis compañeros de Cuerpo.

En la actualidad, después de las profundas reorganizaciones a las que han sido sometidas nuestras fuerzas armadas, y teniendo en cuenta la nueva situación internacional, a corto plazo irreversible, creemos que nuestro Cuerpo tiene ya un espléndido presente, y que le espera un más espléndido porvenir. En efecto, las Marinas occidentales, incluida la española, que durante bastantes décadas ha tenido como principal misión el dominio del Atlántico para permitir el inmenso flujo de personal, y sobre todo material, que pudieran detener en Europa la aplastante fuerza militar terrestre soviética si se decidía atacarla, tiene ahora que olvidarse de esa misión. La hegemonía de las Marinas occidentales en cualquier mar del mundo hace innecesario tener una fuerza con la misión de alcanzar el dominio del mar, pues ya lo posee y sólo tiene que explotarlo.

Es decir, sus misiones serán del tipo de reacción del mar sobre la tierra. Esto, para el caso de España, sin grandes portaaviones capaces de usar aviación estratégica, debe quedar reducido a las operaciones anfibas. Algo que quizá a muchos no les guste, como a los partidarios del acorazado no les gustaban los portaaviones antes de la segunda guerra mundial, pero la naturaleza de las cosas se acaba imponiendo. La principal misión para nuestra flota (incluida en fuerzas europeas o de la OTAN) va a ser la operación anfibia. Espero que nuestros jóvenes oficiales se den cuenta de eso y acometan con el mismo entusiasmo este espléndido presente-futuro con el que nosotros acometimos el de aquella Infantería de Marina desmoralizada que, como no podía estar más baja, a la fuerza tenía que mejorar.



Hugo O'Donnell y Duque de Estrada, marqués de Altamira, conde de Lucena.

El comandante general de la Infantería de Marina, en su sobrio y significativo prólogo, deja constancia en nombre del Cuerpo de nuestro agradecimiento tanto a la editora, Empresa Nacional Bazán, como a su autor. No habría más que decir a este respecto si no viera en estos comentarios una ocasión para hablar del autor, no como historiador, sino como «amigo y compañero». Hugo O'Donnell y Duque de Estrada, marqués de Altamira, conde de Lucena, hijo único del duque de Tetuán, y por él heredero de una hipotética corona de Irlanda, tenía por nacimiento todos los requisitos para haber sido un asiduo personaje de las revistas del corazón de altos vuelos y haberse codeado con las Estefanías y las Carolinas. Por sus estudios de derecho y sus indudables relaciones haber regentado un despacho de influencias en los que hacen grandes fortunas.

Sin embargo, se encontró con la Armada al hacer el servicio militar, se enamoró de ella e ingresó en su Infantería de Marina como oficial de complemento. Allí se ha quedado con nosotros veinticinco años, trabajando silenciosamente en innumerables investigaciones sobre historia naval y publicando multitud de estudios llenos de rigor y buen estilo. Es, pues, un infante de Marina de los pies a la cabeza, y además el más modesto de los hombres. Que su modestia no nos impida agradecerle no sólo la magnífica historia de nuestro Cuerpo, sino haber dedicado toda su vida, sacrificando otras posibilidades, al prestigio de la Armada y al de su Infantería de Marina.

